

DOSSIER DE PRENSA



La gran novela de Wendy Guerra sobre el mundo de la resistencia cubana

«Un poderoso retrato generacional de los incómodos nietos de la revolución. Tienen la misma estrella de lo prohibido, y lo prohibido naturalmente lleva más luz aunque también más sufrimiento..»

L. Santiago Méndez Alpízar,
El País

Título: El mercenario que coleccionaba obras de arte

Autora: Wendy Guerra

Páginas: 328

Precio: 18,90 €

Publicación: 14 de febrero de 2019

Síguenos en:

 twitter.com/Alfaguara_es

 facebook.com/alfaguara

www.megustaleer.com

LA OBRA

«Cumplí a cabalidad mis cuatro pasos: concebir, conspirar, ejecutar y evadir.»

El carismático mercenario que narra esta historia es un personaje real bajo el seudónimo de Adrián Falcón, aunque a lo largo de sus años en activo usó otros como El Parse, Garfio, Strelkinov... Tierno y diabólico, Falcón tiene ahora sesenta y tantos años y ha sobrevivido con peculiar sentido del humor a su compleja historia de vida: perseguido en Estados Unidos y varios países latinoamericanos por terrorismo, fue pieza clave de casos tan escandalosos como el Irán-Contra, y operó con los

Melca Pérez

Prensa Alfaguara y Lumen

Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España

melca.perez@penguinrandomhouse.com

(+34) 91 535 87 42

megustaleer.com

cárteles colombianos para financiar acciones contrarrevolucionarias. Considerándose un «luchador por la libertad», actuó contra el mando de la Unión Soviética, el sandinismo y Fidel Castro.

Aunque en su momento fue blanco del FBI, termina sus días de combate convertido en *condottiero* de la CIA y descreído de todo. El desencanto hace que decida luchar por su destino y encuentre una aliada en Valentina, a la que conoce en París y con quien comienza una relación de intereses; a su modo, ella es también una superviviente mercenaria.

Esta obra ofrece un punto de referencia a quienes se preguntan por los enemigos que enfrentaron las izquierdas latinoamericanas y es producto de entrevistas con Falcón y de la revisión de archivos que llevó a cabo Wendy Guerra, hija del idealismo guerrillero que ha saltado la tapia para mirar del otro lado.

EXTRACTOS

«En marzo, algunos miembros de La Hermandad nos reunimos para considerar los pasos a seguir. Alejandro abrió la conferencia cabildeando en pro de la propuesta de Vélez. Prado, James McNair y yo estuvimos en contra. Ravelo, los Gemelos y Arturo de Córdoba apoyaban con firmeza una posible alianza con la narcoguerrilla colombiana. Ceballos y Eddie Navarro prefirieron no opinar. Después de varias horas debatiendo, la iniciativa no fue ratificada, el clima que se creó en torno a todos aquellos puntos de vista, el modo desafortunado y poco profundo en que Alex defendía sus conceptos sin un eje, sin el equilibrio necesario para el liderazgo, además de la indiferencia de algunos y la disparidad de criterio general, marcaron un punto de giro en nuestra historia. A la salida de esta reunión ya no fuimos los mismos. Perdimos la simetría de grupo, esa cohesión que nos hacía confiables, entrañables y únicos. En abril de 1980, la dictadura cubana propició el éxodo del Mariel como parte de su política de válvula de escape a una olla de presión ideológica que estaba a punto de estallar. Alrededor de diez mil ochocientos ciudadanos forzaron las puertas de la embajada del Perú en La Habana y, en menos de cuarenta y ocho horas, solicitaron asilo político. A esa primera ola se sumaron ciento veinticinco mil ciudadanos más. La mayoría pudo llegar a los Estados Unidos

por barco, pero otros tantos se quedaron trabados en Perú. ¿Debíamos permanecer quietos, inmóviles ante este episodio de impacto internacional? La Habana ardía. De todas partes de Cuba llegaban camiones repletos de personas que solo deseaban escapar de la isla. Estaba claro: necesitábamos actuar al son de los acontecimientos. Alfredo, Eduardo, Alex y yo, desde nuestra trinchera anticomunista en una sauna de Miami Beach, soltábamos toxinas mientras debatíamos la crisis migratoria cubana. Eddie, audaz como siempre, impulsaba atacar el puerto del Mariel, punto de partida de la migración, foco de miles de periódicos y noticieros del mundo entero. Ceballos sugirió esperar hasta que se esclareciera el panorama y yo lo secundé. —Un asalto de ese tipo requiere lanchas rápidas y un cañón de 57 mm, pero estamos bruja, no hay plata. Además, las posibilidades de salir ilesos son remotas. Por un flanco, las torpederas rojas, y por el otro, la naval gringa. ¿Y para qué? ¿Dónde está el provecho? —nos preguntaba Grimaldi, quien últimamente solo citaba la palabra «provecho» ante todo lo que se le planteaba.»

«A finales de julio, el cadáver de un estudiante jamaicano apareció entre unos matorrales aledaños a la Universidad de las Indias Occidentales con dos orificios de bala en el cráneo. El forense determinó que al militante lo ejecutaron a bocajarro y, aunque el asesinato se desarrolló sin tropiezos, yo percibí la desventaja en el color de su piel. Así era Jamaica, llena de desigualdades y racismo. La gestión adjunta también se ejecutó sin complicaciones. Al anoecer, en la carretera montañosa que atraviesa la ciudad de Mandeville, un súbdito inglés al servicio del espionaje castrista detuvo su flamante Mercedes Benz debido a que una enorme rama recién caída de un árbol obstruía la calzada. Malhumorado por el contratiempo, se bajó de su carro sin echar un vistazo a sus alrededores y, mientras se agachaba para remover la traba, dos balas de plomo de 9 mm le perforaron la mollera. El asesino lo despojó de sus pertenencias. Cuando llegaron, los inspectores concluyeron que había muerto a causa de un atraco. Al oficial mayor de la embajada cubana en la excolonia inglesa, el homicidio le revolvió la memoria trayéndole al presente una experiencia semejante. Recordó que, en 1977, mientras cumplía una diligencia en México, a un colega cubano lo habían abatido de modo similar. Consciente de que las entidades terroristas

Melca Pérez

Prensa Alfaguara y Lumen
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com

que operaban por el hemisferio tenían casi siempre un origen común, alertó al personal que le atendía como diplomático. Inmediatamente aumentaron la seguridad y tomaron medidas preventivas. Todo pudo ser casualidad, pero ¿y si aquello no era una simple coincidencia? Lógicamente, nosotros no fuimos prevenidos y continuamos trabajando sin saber que podíamos estar bajo una campana de cristal. Viajando horas y horas por una superficie escabrosa y de poco turismo al sudeste de Boston Bay, Lawrence parpadeó extenuado y se durmió del cansancio mientras conducía. Eran demasiados los kilómetros recorridos sin parar, se salió del asfalto y, del golpe, reventaron los neumáticos laterales. Solo teníamos uno de repuesto; ¿dónde encontrar otro a esas horas de la noche? —Mon, el coche no debe quedarse desamparado —advirtió el chofer. —Vayan ustedes a reparar las Michelines —dije agotado—. Yo los espero aquí. Me encerré con pestillo mientras McNair y el jamaíquino caminaban hasta la gasolinera más cercana. Me rendí sobre el asiento trasero; llevaba días sin dormir lo necesario, estaba muerto. Horas más tarde me despertó un violento golpe propinado contra la ventana seguido por una luz cegadora. —¡Bájese! —rugió la tenebrosa silueta rodeada de otras que me apuntaban con sus carabinas. Aturdido por el repentino ruido, más la potente claridad de una linterna que me alumbraba directamente los ojos, no logré agarrar mi pistola, que estaba acomodada debajo de un abrigo. Resignado, acaté la orden y salí del carro para iniciar un tenso diálogo en inglés.

Amor mío: Decidí quitarme el sufrimiento que mi alma lleva. Nunca debí haberte dejado desamparada. Te pido perdón. Suficiente angustia he causado ya en este mundo. La lucha por la libertad de Cuba movilizó mis fuerzas durante mucho tiempo, pero he acabado sintiéndome como un desalmado. El exilio ha deshumanizado a muchos. Los combatientes verdaderos hemos sido pocos. La causa anticastrista se ha vuelto un negocio del cual viven miles en Miami. Cada día hay menos prestigio político de este lado; en cambio la hipocresía y la demagogia florecen salvajes. Al dejar la Patria no solo te perdí a ti, sino que me fui perdiendo a mí mismo en un laberinto de desilusiones. Me miro en el espejo y veo a un monstruo. Ya no encuentro razones para vivir. Ojalá Dios me perdone. Te adoro. Eternamente, Miguel.»

«Nuestro primer mártir fue, sin dudas, Juan Vegas. A él no hubo necesidad de carbonizarlo, su cuerpo se desintegró solo cuando la bomba que acarreaba detonó prematuramente. Al traidor Bared las aguas profundas del Caribe lo sumergieron sin ritual alguno. Miguel sería entonces el primero de nosotros en incinerar según el juramento corporativo, aquel que establecía la voluntad de ser cremado ante cualquier tipo de fallecimiento. Al concluir el rito en la funeraria, me monté en una Chevy Blazer y, antes de que pudiera prender el motor, me vi acorralado por los esbirros de la Unidad Antiterrorista. —¡Su licencia de conducir y los papeles del carro! —ladró con soberbia un varón esculpido en gimnasio, disfrazado de traje y corbata, con gafas oscuras, gestos de sádico, corte de pelo nazi y presunción de caballero templario. Entregué los documentos que el oficial requería y, sin precipitarme, agarré el volante con ambas manos, lo miré calmado y, respetuosamente, averigüé: —¿He cometido alguna infracción, señor? —¡Demasiadas! —refunfuñó una voz ronca y pedante. Fue entonces cuando aproveché para examinar minuciosamente al perro sabueso, pues, aunque jamás me lo había topado, deduje que detrás de los lentes se hallaban los ojos de Edward Marion, el gran perseguidor, un rastreador profesional. —Cuéntame, ¿por qué se mató tu colega? —ordenó. Respiré profundo y, haciendo acopio de toda mi paciencia, le respondí: —Disculpe, pero no veo la obligación. —¿Por qué? Nos interesaría estar al tanto de qué le ocurrió a él y al otro —susurró pegando su mentón a la ventanilla de mi auto. —¿Al otro? No sé de qué habla —dije verdaderamente confundido. —¿Cómo murió Ernesto Bared? ¿En qué fecha? ¿Dónde lo sepultaron? —soltó golpeando tres veces con su mano izquierda el techo del auto. —Quisiera tener a mi abogado presente —declaré en voz baja. —¡No sueñes que el judío te va a auxiliar esta vez! ¿Ya se te olvidó la temporada que te pasaste enjaulado? —Tengo derecho a un abogado —repetí sin emoción alguna, respondiendo como un autómata. —¿Derechos? —chilló el agente encolerizado—. ¿Quién ha visto un bandolero con derechos? ¡No me hagas reír, cacho de mierda! Ni siquiera eres residente de mi país, te tenemos en la lista de indeseables y todavía me hablas a mí de derechos. Te juro por mi santa madre que voy a regalarte una estadía prolongada en una penitenciaría federal —soltó persignándose

y besando su mano derecha—. ¡De eso puedes estar seguro! —Requiero la presencia de mi... —repetí como un zombi. —¡Cállate! Entrégame tu cédula y bájate ligerito del vehículo —ordenó endemoniado, a punto de propinarme un sopapo. Los detectives inspeccionaron meticulosamente la camioneta y, por más que buscaron, no hallaron evidencia alguna. No tenía conmigo ninguna señal que me incriminara, así que esta vez forzosamente tuvieron que abortar la operación. Decepcionado, Marion me advirtió con rabia: —¡Les voy a partir el culo, hijos de puta, y ni la Virgen María los podrá socorrer! —gritó el oficial en plena avenida para asombro de quienes esperaban atentos en los semáforos. A pesar de la amenaza, y más allá de toda vigilancia, La Hermandad siguió fiel a su doctrina. Muy poco después del suicidio del militante, un poderoso petardo destruyó una tienda de libros cuyo propietario enarbola la bandera del libre albedrío para dialogar con La Habana. Las autoridades no anticiparon allí la presencia de Ceballos días antes del siniestro mientras estudiaba minuciosamente el perímetro, y tampoco descubrieron el momento en que Arturo robaba dos automóviles para movilizarse durante la operación. Eduardo no fue sorprendido en el instante preciso de preparar el dispositivo, tal vez por eso, durante el mismísimo estallido, nadie impidió a Negrín estacionar uno de aquellos autos a solo metros del comercio, esperando ansioso la llegada su compinche. Sin embargo, el destino tuerce los eventos arrasando impunemente a los espíritus más intrépidos. Alejandro Grimaldi, sin nuestro conocimiento, había sustraído ocho onzas de la mercancía que poco antes nosotros nos habíamos apropiado en Homestead, y todo esto para mantener contenta a una venezolana que, aparte de devota al pene del revolucionario, le rendía tributo al narcótico. Una madrugada, mientras disfrutaba el punto más alto de su euforia, ella insistió en que su amante probara la sustancia. Él se opuso con firmeza, pero ella tenía sus armas para persuadirlo, y allí, en la curva que viaja de sus piernas a su vagina, lo obligó a respirar profundo una traza del polvo mágico. Alex gozó desmesuradamente por varias semanas y, creyéndose a salvo del juego, perdió la perspectiva. No pudo darse cuenta de que era esa frivolidad, no otro suceso de su peligrosa carrera, lo que lo arrastraría al fracaso. Una madrugada, al

agotársele el estimulante, ubicó frenéticamente a Vélez, quien, sin cobrarle un centavo ni tener en cuenta la hora, le despachó unos gramos. Alex le relató un cuento muy enredado sobre una supuesta chica que estaba cortejando y a la que le fascinaba la coca. El colombiano, enojado por el desvelo, no le prestó atención. El obsequio no le rindió. Cuando ya no tenía nada más que aspirar, volvió a contactar al contrabandista, quien le vendió unas cuantas onzas más. Grimaldi le liquidó el monto con plata de La Hermandad y ahí empezó a ganarle el vicio. Zambullido en el embrujo de los nuevos placeres, bajó la guardia y dejó de razonar. Se engañó al creer que la adicción no lo arruinaría y que nosotros, sus seguidores, jamás cuestionaríamos su honradez. El mayor traspíe, el trascendental, lo dio a mediados de diciembre. Edward Marion, consciente del hermetismo total de nuestros movimientos y de lo complejo que resultaba la idea de infiltrarnos, cambió la estrategia.»

CITAS DE LA PRENSA

«En lo que parece ser un momento crucial en la historia de Cuba, Wendy Guerra está llamada a ser la novelista de esa metamorfosis que devendrá, como muchos lo deseamos, en algo a la vez tan difícil y tan humilde como una democracia.»

Christopher Domínguez Michael, *Letras Libres*

«Una conflictiva vivencia personal y social narrada sin prejuicios de ningún tipo, un viaje instructivo y enriquecedor.»

Eduardo Mendoza (sobre *Todos se van*)

«*Domingo de Revolución* es una muestra más del talento de Wendy Guerra, que imprime al libro una gran naturalidad y un fino humor, y que nos proporciona un viaje a la Cuba más paranoica y llena de secretos.»

Javier Yuste, *El Cultural*

«La prosa de *Negra*, sacudida por la percusión, es un compendio de música, raza, pasión, política, sexo, magia, injusticia, religión, épica, sabor, olor.»

Xavi Ayén, *La Vanguardia*

Melca Pérez

Prensa Alfaguara y Lumen
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com

BIOGRAFÍA

Wendy Guerra se graduó de Dirección de Cine, en la especialidad de guion, en el Instituto Superior de Arte de La Habana y en la Escuela Internacional de Cine San Antonio de los Baños, Cuba. Ha recibido varios reconocimientos como el Premio Bruguera, el Premio de la Crítica de *El País* y el Premio Carbet des Lycéens. Su obra ha sido traducida a dieciocho idiomas. En 2010 fue nombrada Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres en Francia, y en 2016 ha sido elevada al título de Officier de la misma orden. En Alfaguara ha publicado *Posar desnuda en La Habana* y *Nunca fui primera dama*.



Melca Pérez

Prensa Alfaguara y Lumen
Penguin Random House Grupo Editorial

Luchana 23, 1º, 28010 Madrid, España
melca.perez@penguinrandomhouse.com
(+34) 91 535 87 42
megustaleer.com